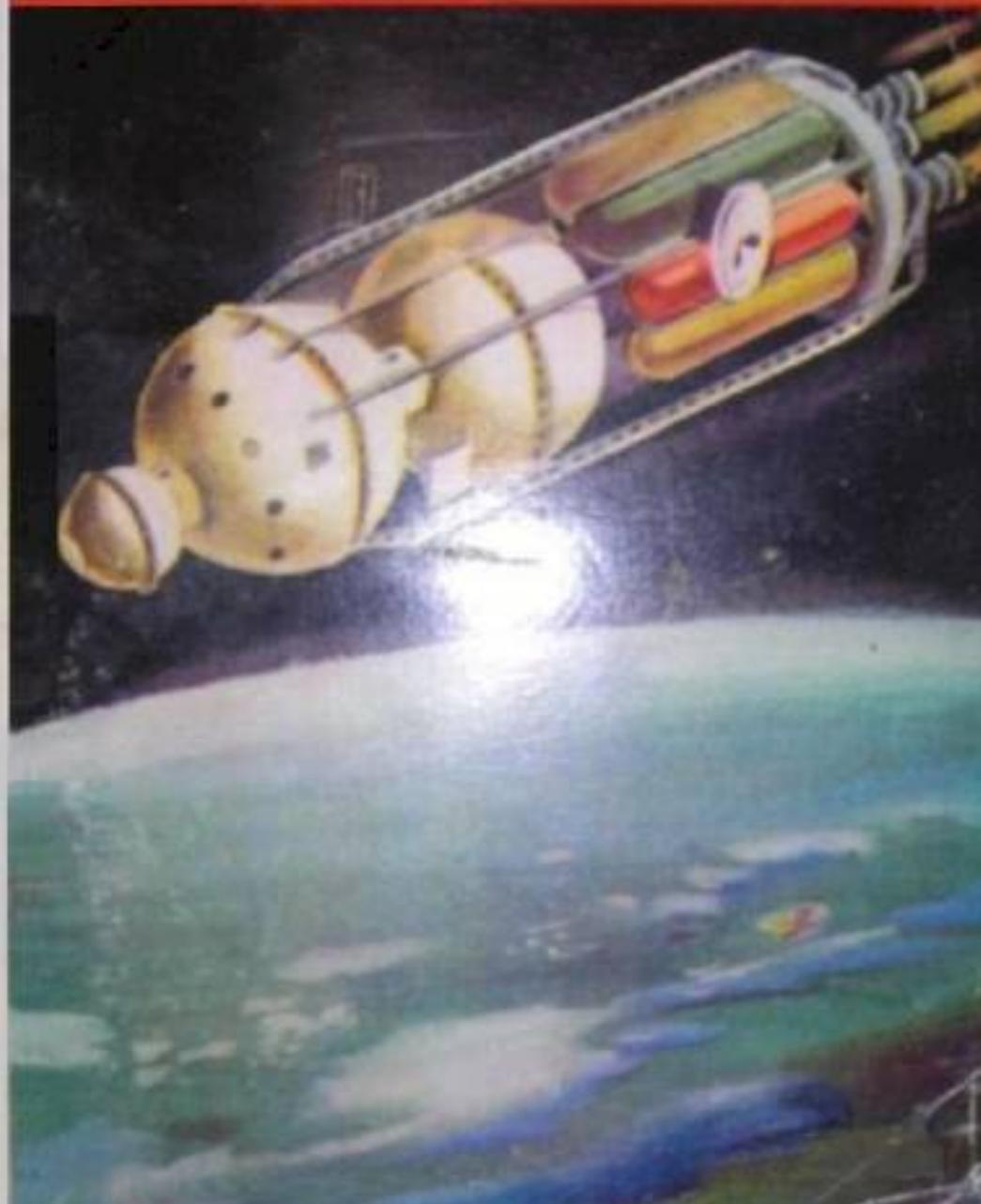


ARTHUR C. CLARKE

**PRELUDIO
AL ESPACIO**



Esta es la historia del lanzamiento de Prometeo, la primera nave espacial de la Tierra y de los hombres que lo hicieron posible.

Dirk Alexson, cronista de la más grande aventura espacial de todos los tiempos, fue elegido para inmortalizar la increíble historia de los hombres y de su heroica misión.

Sir Robert Derwent, Director del Cuartel General Interplanetario de Londres para el proyecto del vuelo espacial, fue el hombre que consiguió que la misión abandonase el suelo y pasase a las páginas de la Historia.

El Profesor Maxton, líder mundial en ingeniería atómica, él diseñó las unidades de energía de la enorme nave y espera con el resto del mundo poder ver el éxito de su proyecto.

...Y cinco hombres decididos. Todos ellos preparados para la misión, pero sólo tres serán los elegidos.

PRIMERA PARTE

En una longitud de cinco millas, recta como una flecha, la reluciente pista de metal se extendía sobre la faz del desierto en dirección al noroeste, a través del muerto corazón del continente y el océano que se extendía más allá. Sobre esta tierra, un día hogar de los aborígenes, se habían elevado muchas extrañas y rugientes formas durante la última generación. El mayor y más extraño de estos artefactos yacía ahora en el extremo de la pista de despegue, a lo largo de la cual tenía que remontarse hacia el cielo.

En el desierto de aquel valle, formado por dos bajas colinas, había crecido una pequeña ciudad. Era una ciudad construida con un propósito, un propósito que estaba centralizado en los grandes tanques de reserva de combustible y la central de energía, situados al extremo de la larga pista. Allí se habían reunido ingenieros y científicos de todos los países del mundo. Y allí, el «Prometheus», primera de todas las naves del espacio, había sido montada durante los tres últimos años.

El Prometeo de la leyenda había traído a la Tierra el fuego del cielo. El «Prometheus» del siglo XX tenía que devolver el fuego atómico al hogar de los dioses y probar que el hombre, por su propio esfuerzo, se había liberado por fin de las cadenas que lo había sujetado a este mundo durante un millón de años.

Nadie, al parecer, sabía quién había dado su nombre a la nave del espacio. En realidad, no se trataba de una sencilla nave, sino que consistía en dos máquinas separadas.

Con una notable falta de imaginación, los constructores habían bautizado los dos componentes con los nombres de «Alfa» y «Beta». Sólo el componente superior, «Alfa», era el verdadero cohete. «Beta», para darle su verdadero nombre, era un «athodyd hipersónico». La mayoría de la gente lo llamaban un expulsor atómico, lo cual era a la vez más sencillo y más expresivo.

Había un gran trecho entre las bombas volantes de la Segunda Guerra Mundial y «Beta» con sus doscientas toneladas, recorriendo el techo de la atmósfera a miles de millas por hora. Y, sin embargo, ambas operaban bajo el mismo principio: el empleo de la velocidad de avance para procurar la compresión del chorro. La principal diferencia residía en el combustible. V-1 había quemado gasolina; «Beta» quemaba plutonio y su radio de acción era prácticamente ilimitado. Mientras sus inyectores de aire podían captar y comprimir el tenue gas de la atmósfera superior, el horno al rojo blanco de la pila atómica lanzaría sus chorros. Sólo cuando, finalmente, el aire era demasiado tenue para crear energía o sostenimiento, la nave necesitaba inyectar en la pila el metano procedente de los tanques de combustible, convirtiéndose de esta forma en un verdadero cohete.

«Beta» podía salir de la atmósfera, pero no podía escapar nunca totalmente a la Tierra. Su tarea era doble. Primero tenía que transportar tanques de combustible a la órbita alrededor de la Tierra, e instalarlos girando alrededor de ella como diminutas lunas hasta que fuesen necesitados. Sólo una vez conseguido esto, la nave elevaría a «Alfa» en el espacio. La nave más pequeña se surtiría entonces del combustible de los tanques en la órbita libre, y pondría en marcha sus motores para romper contacto con Tierra y emprender su viaje a Luna.

Girando pacientemente, «Beta» esperaría el regreso de la nave del espacio. Al final de su viaje de medio millón de millas, «Alfa» tendría escasamente suficiente combustible para maniobrar dentro de una órbita paralela. La tripulación

y su equipo serían entonces transbordados a «Beta», que estaba esperando, la cual llevaría todavía suficiente combustible para devolverlos sanos a Tierra.

Era un plan complicado, pero incluso con la energía atómica era la única forma practicable de realizar un viaje circular alrededor de Luna con un cohete de un peso no inferior a muchos miles de toneladas, aún, tenía otras diversas ventajas. «Alfa» y «Beta» podían ser destinadas separadamente a llevar a cabo sus diferentes misiones con una eficiencia que ninguna simple nave, destinada a todos los propósitos, podría jamás esperar realizar. Era imposible combinar en una sola nave la facultad de volar a través de la atmósfera de Tierra y aterrizar en Luna carente de aire.

Cuando llegase el momento de realizar el próximo viaje, «Alfa» estaría todavía girando en torno a Tierra, para ser avituallada en el espacio y usada de nuevo. Ningún viaje posterior sería tan difícil como el primero. Con el tiempo habrían motores más eficientes, y más tarde aun, una vez hubiese sido fundada la colonia lunar, habría estaciones de servicio en Luna. Después de esto, la cosa sería fácil y el vuelo a través del espacio se convertiría en una empresa comercial, si bien todo esto no ocurriría antes de un siglo, si no más.

Entretanto, la nave «Prometheus», alias «Alfa» y «Beta», seguía reluciendo bajo el sol australiano mientras los técnicos trabajaban todavía en ellas. Los últimos dispositivos estaban siendo instalados y probados; el momento de iniciar su destino se estaba aproximando. Dentro de pocas semanas, si todo iba bien, transportaría las esperanzas y temores de la Humanidad a las solitarias profundidades que yacen más allá del cielo.

1

Dirk Alexson dejó su libro y subió el corto tramo de escalera hasta la cubierta de observación. Era todavía demasiado pronto para ver tierra, pero la proximidad del final del viaje lo había puesto inquieto e incapaz de concentrarse. Se acercó a las angostas ventanas circulares abiertas en el borde principal de la gran ala y se asomó sobre el informe océano que tenía bajo él.

Era totalmente imposible ver nada; desde aquellas alturas la más imponente tormenta del formidable Atlántico hubiera sido invisible. Estuvo algún tiempo contemplando la masa gris que tenía a sus pies y se dirigió a la instalación de radar de los pasajeros.

La ondulante línea de luz de la pantalla había comenzado a trazar los primeros tenues ecos en los límites de su alcance. La tierra estaba delante de ellos, a diez millas a sus pies y doscientas de distancia, la tierra que Dirk no había visto nunca, pese a que era para él más real que el terreno donde había nacido. De aquellas ocultas playas, más de cuatro siglos antes, habían salido hacia el Nuevo Mundo sus antepasados en busca de fortuna y libertad. Ahora, él regresaba, atravesando en menos de tres horas las vastas extensiones que ellos habían surcado durante tantas semanas de hastío. Y venía con una misión en la cual, en su más fantasiosa imaginación, jamás hubiera podido soñar.

La imagen luminosa de Land's End había pasado ya la mitad de la pantalla de radar antes de que Dirk hubiese dirigido la primera mirada a la costa que se acercaba, man-

cha negra casi perdida en las brumas del horizonte. A pesar de que no había sentido ningún cambio de dirección, sabía que la nave debía estar ahora deslizándose por la pendiente que llevaba al aeropuerto de Londres, a cuatrocientas millas de allí. Dentro de poco minutos volvería a oír, débil, pero infinitamente tranquilizador, el ronco zumbido de los grandes chorros a medida que el aire se espesaba a su alrededor y llevaba una vez más la música a sus oídos.

Cornualles era una gran mancha gris que se hundía a popa a demasiada velocidad, para que pudiese verse ningún detalle. Por lo que era capaz de juzgar, el rey Marke podría estar todavía esperando sobre aquellas crueles rocas la nave que tenía que traerle a Isolda, mientras en las colinas Merlín podía estar todavía hablando con los vientos y pensando en su sino. Desde aquellas alturas, la tierra debía ofrecer el mismo aspecto cuando los constructores pusieron la última piedra de las murallas de Tintagel.

Ahora la nave se deslizaba hacia una masa de nubes tan blancas y deslumbrantes que herían los ojos. Al principio parecían sólo rotas aquí y allá por algunas leves ondulaciones, pero ahora, a medida que se elevaban hacia él, Dirk se dio cuenta de que las montañas de nubes sobre las que volaba tenían unas proporciones dignas del Himalaya. Un momento después, los altos picos se elevaban por encima de él y la nave se dirigía hacia un ancho paso abierto entre dos altas paredes de nieve. Tuvo un estremecimiento involuntario al ver las dos grandes paredes blancas precipitarse hacia él, después relajó sus músculos cuando la blanca niebla los envolvió y no pudo ver nada más.

La capa de nubes debía ser muy espesa, porque tuvo apenas una cortísima visión de Londres y fue sorprendido por el suave choque del aterrizaje. Entonces los ruidos del mundo exterior llegaron precipitadamente a sus oídos; las voces metálicas de los altavoces, los cierres sonoros de las escotillas, y, por encima de todos ellos, la muriente caída

de las grandes turbinas a medida que iban parándose para descansar.

El húmedo suelo de asfalto, los camiones que esperaban y las nubes grises que se cernían sobre ellos, desvanecieron las últimas impresiones de novela o aventura. Nevaba ligeramente, y cuando el diminuto y ridículo tractor remolcó la gran nave, sus relucientes flancos le dieron el aspecto de un monstruo de las profundidades del mar, más que del cielo que tenían encima. Sobre los alvéolos de los chorros flotaban pequeñas nubéculas de vapor que se convertían en agua sobre las alas.

Con gran alivio por su parte, Dirk se encontró en la barrera de la Aduana. Cuando su nombre fue comprobado en la lista de pasajeros, un hombre corpulento, de mediana edad, se acercó a él con la mano tendida:

—¿Doctor Alexson? Encantado de conocerlo. Mi nombre es Matthews. Tengo que llevarlo a la Central del Southbank y ocuparme de usted durante toda su estancia en Londres.

—Encantado de saberlo —dijo Dirk sonriendo—. ¿Supongo que esto se lo debo a McAndrews?

—Exacto. Soy su ayudante en Relaciones Públicas. Déme su maleta... Vamos a tomar el metro-exprés; es el medio más rápido, y el mejor, porque se entra en la ciudad sin tener que soportar los suburbios. No hay más que un hueso, sin embargo.

—¿Y cuál es?

—Quedaría usted sorprendido —dijo Matthews con un suspiro— al saber el número de visitantes que cruzan el Atlántico sin incidentes y desaparecen en el metropolitano sin ser vistos nunca más.

Matthews no esbozó la menor sonrisa mientras daba estas inverosímiles noticias. Como Dirk tenía que observar más tarde, su curioso sentido del humor parecía ir unido a una total incapacidad de sonreír. Era una combinación de lo más desconcertante.

—Hay una cosa de la cual no estoy claramente enterado —comenzó Matthews en el momento en que el largo convoy rojo arrancaba de la estación del aeropuerto—. Hemos tenido muchos científicos americanos que han venido a vernos, pero tengo entendido que la ciencia no es la especialidad de usted.

—No, yo soy historiador.

Las cejas de Matthews formularon una pregunta inaudible.

—Comprendo que le parezca un poco extraño —prosiguió Dirk—, pero es muy lógico. Durante el pasado, cuando se formó la historia, no había casi nadie capaz de escribirla debidamente. Hoy, desde luego, tenemos periódicos y películas, pero es sorprendente ver cuántos acontecimientos fueron omitidos simplemente porque en su tiempo todo el mundo los consideró naturales. Pues bien, el proyecto que están ustedes estudiando es uno de los más grandes de la historia y si sale adelante cambiará el futuro, como quizá ningún otro acontecimiento lo ha cambiado jamás. De manera que mi universidad ha decidido que tiene que haber un historiador profesional presente para llenar las omisiones que pudieran producirse.

Matthews asintió.

—Sí, es razonable. Será un agradable cambio para nosotros, los que no somos científicos tampoco. Estamos verdaderamente cansados de conversaciones en las cuales tres palabras de cada cuatro son símbolos matemáticos. Sin embargo, ¿supongo que debe usted tener un fondo de conocimientos técnicos considerable...?

Dirk lanzó un suspiro de perplejidad.

—Si tengo que decirle la verdad —confesó—, hace cerca de quince años que no me he dedicado a la ciencia; y además no la había tomado nunca muy en serio tampoco. Tendré que ir aprendiendo lo que tenga que saber a medida que lo vaya necesitando.

—No se preocupe; tenemos un curso a alta presión para hombres de negocios fatigados y políticos perplejos, que le dará todos los conocimientos necesarios. Y quedará usted sorprendido de ver todo lo que puede aprender con sólo escuchar las peroraciones de los Boffins.

—¿*Boffins*?

—¡Dios mío! ¿No conoce usted esta palabra? Viene de la guerra y significa estos tipos de científico de pelo largo con una regla de cálculo en el bolsillo. Creo mi deber avisarle de antemano que aquí tenemos un vocabulario que tendrá que aprender. Hay tantas ideas nuevas y conceptos en nuestro trabajo, que tenemos que inventar nuevas palabras. ¡Hubiera usted debido traer un filólogo también!

Dirk permanecía silencioso. Había momentos en que la enorme intensidad de su tarea casi lo avasallaba. En el transcurso de los seis próximos meses, el trabajo de miles de hombres durante medio siglo alcanzaría su culminación. Era su deber, y su privilegio, hallarse presente mientras se iba formando la historia en aquel desierto australiano en otro lado del mundo. Tenía que observar aquellos acontecimientos a través de los ojos del futuro, y consignarlos de forma tal que durante los siglos futuros otros hombres pudieran captar nuevamente el espíritu de aquella edad y tiempo.

Salieron a la superficie en la estación de New Waterloo y recorrieron a pie los pocos metros que los separaban del Támesis. Matthews había tenido razón al decir que aquella era la mejor manera de llegar a Londres por primera vez. La espaciosa extensión del nuevo muelle, que sólo tenía veinte años, llevó la mirada de Dirk río abajo hasta que fue detenida por la cúpula de San Pablo, reluciendo húmeda bajo un inesperado rayo de sol. Su mirada siguió el río corriente arriba, pasando por delante del gran edificio blanco antes de Charing Cross, pero los edificios del Parlamento eran invisibles detrás de la curva que describía el Támesis.

—¿Bonita vista, verdad? —preguntó Matthews—. Ahora estamos sumamente orgullosos de ella, pero hace treinta años todo esto era una horrible amalgama de muelles y orillas de barro. A propósito..., ¿ve usted aquel barco, allí?

—¿Quiere usted decir el que está amarrado en la otra orilla?

—Sí, ¿sabe usted qué es?

—No tengo la menor idea.

—Es el *Discovery*, que llevó al capitán Scott al Antártico a principio de siglo. Con frecuencia lo miro cuando voy a trabajar, y me pregunto qué debería pensar del viajecito que estamos proyectando.

Dirk miraba intensamente el gracioso casco de madera, los esbeltos mástiles y la maltrecha chimenea. Su mente evocó imágenes del pasado y le parecía ver aquella embarcación deslizándose por entre altas montañas de hielo en un país desconocido. Comprendía los sentimientos de Matthews, y la sensación de continuidad histórica fue súbitamente muy fuerte. La línea que se extendía a través de Scott hasta Drake y Raleigh, y aun a viajeros anteriores, seguía intacta; sólo la escala de las cosas había cambiado.

—Aquí lo tiene —dijo Matthews en un tono de orgullosa excusa—. No es tan impresionante como hubiera podido ser, pero no teníamos mucho dinero en aquellos tiempos. Lo cual no quiere decir que lo tengamos ahora...

El alto edificio blanco de tres pisos, que se hallaba frente al río, era de una arquitectura sin pretensiones y había sido visiblemente construido hacía sólo algunos años. Estaba circundado por grandes espacios abiertos, escasamente cubiertos por una mezquina hierba. Dirk supuso que habían sido ya destinados a futuras edificaciones. La hierba parecía haberse dado cuenta de ello también.

Sin embargo, pese a aquellos edificios administrativos, la Central no carecía de atractivos y la vista sobre el río era indiscutiblemente muy bella. A lo largo del segundo piso había una línea de letras, tan claras y prácticas como todo

el resto del edificio. Formaban una sola palabra, pero al verla Dirk sintió una curiosa palpitación en sus venas. Parecía, en cierto modo, fuera de lugar, allí, en el corazón de aquella urbe, en la que millones de hombres estaban constantemente absorbidos por los problemas de la vida cotidiana. Estaba tan fuera de lugar como el *Discovery*, amarrado al lejano muelle, al final de su largo viaje; y hablaba de un viaje más largo que el que él o barco alguno hubiese realizado jamás:

INTERPLANETARIO

2

El despacho era pequeño, y tenía que compartirlo con dos dibujantes jóvenes; pero dominaba el Támesis, y cuando estaba cansado de sus anotaciones y ficheros, Dirk podía descansar sus ojos sobre la gran cúpula que flotaba por encima de Ludgate Hill. De cuando en cuando aparecían Matthews o su jefe para hacer un poco de conversación, pero, en general, lo dejaban tranquilo, sabiendo que éste era su deseo. Anhelaba ser dejado en paz hasta haber estudiado y profundizado los centenares de memorias y libros que Matthews le había procurado.

Había un largo espacio de tiempo desde el Renacimiento italiano hasta el Londres del siglo veinte, pero la técnica que había adquirido cuando escribió su tesis sobre Lorenzo el Magnífico le era ahora de gran utilidad. Era capaz de decir, casi con una sola mirada, lo que carecía de importancia y lo que tenía que ser estudiado cuidadosamente. Al cabo de pocos días la línea general de la historia estaba completa y pudo comenzar a llenarla en detalle.

El sueño era más antiguo de lo que él había supuesto. Dos mil años antes los griegos habían imaginado que la Luna era un mundo no muy diferente de la Tierra, y durante el siglo dos d. C. el satírico Luciano escribió la primera de todas las novelas interplanetarias. Habían sido necesarios más de diecisiete siglos para salvar el abismo entre la ficción y la realidad, y la mayor parte del progreso sabía sido realizado durante aquellos últimos cincuenta años.

La era moderna había empezado en 1923, cuando un oscuro profesor, natural de Transilvania, llamado Hermano Oberth, publicó un libelo llamado *El Cohete en el Espacio Interplanetario*. En él desarrollaba por primera vez las matemáticas del vuelo por el espacio. Hojeando uno de los raros ejemplares existentes, a Dirk le parecía difícil creer que una superestructura tan enorme hubiese brotado de tan frágil principio. Oberth, ahora un anciano de 84 años, había iniciado la reacción en cadena, que tenía que llevar, todavía en vida de él, a la travesía del espacio.

Durante el decenio que precedió la Segunda Guerra Mundial, los discípulos alemanes de Oberth habían perfeccionado el cohete de combustible líquido. Al principio también ellos habían soñado en la conquista del espacio, pero el sueño había sido olvidado con la subida de Hitler. La ciudad sobre la cual Dirk con tanta frecuencia se asomaba, llevaba todavía las cicatrices de los tiempos, hacía treinta años, en que los grandes cohetes habían caído procedentes de la estratosfera en el torbellino de un aire contaminado.

Menos de un año después se había producido aquel horrendo amanecer en el desierto de Nuevo México, cuando pareció que el Río del Tiempo se hubiese detenido por un momento, para convertirse en espuma y lluvia formando un nuevo cauce hacia un futuro cambiado y desconocido. Con Hiroshima había venido el final de la guerra y el final de una era; la energía y la máquina se habían juntado por fin, y la ruta del espacio aparecía abierta ante los hombres.

Había sido una ruta muy abrupta y se requirieron treinta años para treparla, treinta años de triunfos y desalentadoras decepciones. Mientras iba conociendo a los hombres que lo rodeaban, mientras escuchaba sus relatos y sus conversaciones, Dirk iba llenando lentamente su memoria con detalles personales que ni los archivos ni los sumarios podían jamás aportar.

«El cuadro de televisión no era muy bueno, pero cada pocos segundos iba mejorando y conseguimos una buena imagen. Aquélla fue la mayor emoción de mi vida, pues había sido el primer hombre en ver el otro lado de la Luna. Ir allá será un poco difícil.

»...la explosión más terrible jamás vista. Cuando nos levantamos oí a Goering que decía: «Si es esto lo mejor que sabéis hacer, le diré al Führer que todo esto es malgastar dinero». Hubiera usted tenido que ver la cara de von Braun...

»El KX 14 sigue allá arriba; describe una órbita cada tres horas, lo cual es exactamente lo que nos proponíamos; pero el maldito transmisor de radio falló al lanzamiento de manera que no hemos conseguido las indicaciones de los instrumentos.

»Yo estaba observando a través del reflector de doce pulgadas cuando la carga de polvo de magnesio alcanzó la Luna a unos cincuenta kilómetros de Aristarchus. Puede ver el cráter que produjo si dirige una mirada sobre la puesta de sol».

Algunas veces Dirk envidiaba a aquellos hombres. Tenían un propósito en la vida, aunque fuese uno que él no podía plenamente comprender. Expedir sus grandes máquinas a centenares de miles de millas en el espacio tenía que procurarles una sensación de potencia. Pero la energía era peligrosa y con frecuencia se descomponía. ¿Podía confiarse en ellos con todas las fuerzas que aportaban al mundo? ¿Podía el mismo mundo ser digno de confianza estando ellos en él?

Pese a su fondo científico, Dirk no era completamente ajeno al temor de la ciencia que había sido el factor común desde los grandes descubrimientos de la era Victoriana. En